

za la risa. El *satanismo* ó *diablismo* me produce un buen humor de arúspice romano. Recuérdanme esas demoniuras el aparato de las pruebas masónicas descritas por Galdós en *El grande Oriente*, y veo las espadas de hoja de lata, las copas de sangre llenas de un licor muy conocido en la fuente del Berro, los soles de latón dorado y las estrellas de papel. En medio de nuestros desaciertos nacionales; en medio de los defectos y verrugas de nuestro carácter, que no viene á cuento encubrir, España conserva un fondo de sano buen sentido, y el modernismo, con sus *perversidades* y sus *inquietudes*, con su hablar en latiniparla y su sentir vesánico, no pasará el Pirineo, ó si asoma la nariz le rechazará una carcajada. La tendencia, ó mejor dicho, la *pose* de los círculos literarios de París me disgustó de ellos, y á veces he pensado que si yo visito á París en otro tiempo, en el apogeo del romanticismo, cuando aún no se conocían estas farsas decadentistas y rebosaban el genio y la inspiración, allí me quedo á vivir, llena de admiración y de simpatía. Lo actual, visto de cerca, el

bufo,—y de lejos no es nada, porque el mundo no se ha enterado de ello siquiera.

Entre los cuentistas de la antología recogida por el Sr. Carrillo, hay uno, Julián del Casal, autor de cierto cuentecito titulado *La última ilusión*. El héroe del cuento es un joven que cree estar en el mundo de más, porque carece de aspiraciones, y ninguno de los caminos que podría seguir le atrae ni le interesa. Lo único que conseguiría sacarle de su indiferentismo sería un viajecillo á París; pero no el París de la Grande Opera, de la Comedia Francesa ni de la Academia, de la alianza franco-rusa y de las Exposiciones universales, sino "el París raro, exótico, delicado, sensitivo, brillante y artificial,"; es decir, y según luego explica el joven escritor americano, el París modernista, ó sea (hablando clarito) el París de la *blague* artística y literaria. Sólo que tampoco se decide á ir á ese París, porque teme, al verlo de cerca, perder la última ilusión que le queda aún disponible...

En honor del Sr. Casal, indicaré que creo que sí la perdería. Hasta agregaré que, á

pesar de la óptica de la distancia, ya debiera haberla perdido el Sr. Casal, con poco que reflexionase sobre las cosas efectivamente *raras* que él mismo nos refiere que suceden en el París "delicado y sensitivo". Eso de dar un *baile rosado*, en el palacio de lady Caithness, al espíritu de María Estuardo, parece-me que

Si es broma, puede pasar;
Mas a ese extremo llevada...

Habiendo apurado previamente diez ó doce cañitas de manzanilla sanluqueña—detalle que todo lo explica, hasta la teosofía, la magia y demás monsergas del *Sar Peladan*—comprendo que se dé un baile ó juega al espíritu del mismísimo Nabucodonosor; ahora, si me dicen Vds. que eso se discurrió en ayunas... á morir, caballeros.

Antonio de Valbuena ha publicado otros *Ripios*, los *Ripios ultramarinos*. En este nuevo libro, socolor de sacudir el polvo

á varios escritores hispano-americanos á quienes por aquí no conoce ni Dios, Valbuena desahoga la vieja inquina que profesa á D. Antonio Cánovas y la reciente inquina que me profesa á mí. Antaño fui yo para Valbuena persona grata y escritora no despreciable; pero desde que, juzgando en e TEATRO CRÍTICO alguna producción de Valbuena, me permití no encontrarla perfectísima y sin mácula en todo, por todo y sobre todo, me convertí, también para Valbuena, en autora de libros verdes, en ignorante y en plagiaria. Es la eterna historia, que de puro sabida y de puro trillada ya no merece referirse. ¡Cuánto se engañará quien crea que, al expresarme imparcialmente sobre un escritor, no he provisto que, si mi juicio no está inspirado en admiración absoluta, me gano *ipso facto* el peor, el más sañudo de los detractores!

Aunque obedezca á las leyes generales é ineludibles de la vanidad humana, mi caso con Valbuena tiene circunstancias que lo hacen especialmente curioso. Cuando Valbuena publicó los *Ripios académicos*, va-

rios señores de la calle de Valverde (y no de los más lerdos) creyeron y afirmaron que aquel libro lo había inspirado yo, con ánimo de forzar por el terror y el ataque á mano armada las puertas de la Academia. Hoy, Valbuena dice en letras de molde que he tildado en sus escritos ciertas deficiencias, con el sólo objeto de halagar á los académicos para que me acojan en su seno paternal. Véase cómo siempre me toca cargar con el mochuelo... académico.

Por otra parte, reconozco que para decir contra mí una cosa muy maligna, que levante ampolla, no hay más que sacar á relucir mi ambición desapoderada, mi inmenso afán de ser académica. Día y noche pienso en el sillón; cuanto hago y digo lleva esa *segunda*: mi vida tiene un objeto, mis actos una clave: entrar en la Academia. Por ahí, por ahí me duele; aprieten bien; ciérrenme esas puertas benditas, y habrán logrado matarme de pena. Ya saben el modo de aplastarme: como que de eso, y sólo de eso, se ha resentido mi salud; porque la Academia es lo único

*«per cui tal volta
non a la gente stolta, al cor non vile,
la vita della morte è piú gentile.»*

(Advierto á Valbuena que esto es un ripio pesimista.)

* * *

Otro detalle que contribuye á dar carácter especial á las iras de Valbuena, es que, á semejanza de ciertos cabecillas de la primer guerra civil, que siempre otorgaban á sus prisioneros un confesor antes de meterles cuatro balas en la cabeza, Valbuena desea matar mi cuerpo literario, pero no mi alma; quiere mi salvación eterna, y me aconseja piadosamente que no aguarde, para dejar de escribir novelas inmorales, á la hora de la muerte. Creo yo que esto se llama en todas partes caridad. Lo que ya no me parece tan cristiano es el contribuir á levantar falsos testimonios y el prestar gratuitamente asenso á dichos calumniosos, propalados por cierta *critica* rufianesca, cuyos móviles son todavía más inconfesa-

bles que los de la vanidad herida. Valbuena, que no se ha tomado el trabajo de enterarse del movimiento literario extranjero, y está en ese capítulo como el ciego en el de los colores, asegura con asombrosa intrepidez que yo he plagiado libros..., que sin duda por eso han obtenido en España varias ediciones, y varios tomos de impugnaciones y adhesiones, y en lengua francesa y en París, dos ediciones y algunos testimonios de aprecio que bien pueden llamarse de mayor cuantía. Pruebe Valbuena (sólo por gusto y por una vez) á plagiar así.



Y ya que Valbuena me da excelentes consejos, no llevará á mal que me arrogue el derecho de estar á la recíproca. Ahí va el consejo, que es leal y no encierra veneno alguno. Los *Ripios* ya van pareciéndose á ese chocolate que quieren hacer las amas de casa económicas, echando agua sobre el poso de la chocolatera. En el género de los *Ripios* no se puede insistir: nace en momentos de ins-

piración humorística que no se renuevan quizá en la vida entera de un escritor. Nunca segundas partes fueron buenas. Hoy sólo queda en los *Ripios* el procedimiento, la *manera*; el espíritu se ha evaporado; la sal no parece. Además, la sátira de los *Ripios* no logra ejercer acción duradera sobre el gusto del público, porque sabemos todos que hasta al poeta más insigne cabe desmenuzarle y hacerle polvo, sorprendiendo en él incorrecciones é incongruencias de que ninguno está exento; y así como el poeta insigne no deja de serlo por más ripios que le cacen y más vueltas que le den en el mortero, los malos poetas no lo son por esos gazapillos que Valbuena mata á perdigonadas, sino por otras razones casi *inefables*, de alta crítica, que no tienen lugar propio en los *Ripios*. De suerte que los *Ripios* nada demuestran respecto á los poetas buenos ni á los malos; y si tampoco hacen reír, no veo qué ganará la reputación de Valbuena con seguir escribiendo ripios y más ripios hasta que San Juan baje el dedo. Créame Valbuena, y no espere para arrepentirse la

hora de la muerte... literaria. Los primeros *Ripios* eran una ventosa; éstos son una cataplasma emoliente.

* * *

El que no sea posible eternizarse en los *Ripios*, no significa que Valbuena deba renunciar á otros trabajos que me parecen útiles y en los cuales hallo enseñanza. La crítica del *Diccionario* la considero muy provechosa, y rica en doctrina filológica y gramatical. Los libros, ó han de divertir, ó conmover, ó enseñar (ó las tres cosas juntas, en grado eminente, y entonces son obras maestras). Si en los *Ripios*, agotado el manantial, están ya los chistes *sicut rari nantes*, en la *Fe de erratas* el chiste es lo secundario, y la discusión y depuración del catálogo de nuestro idioma lo principal é importantísimo. Con la *Fe de erratas*, y más aún, con el *Diccionario de la Lengua Española* que tiene anunciado, Valbuena conseguirá que le aplaudamos y le estudiemos.

* * *

Preguntará alguien que cómo se me ha ocurrido, á mí que jamás vuelvo la cabeza á oír lo que me gritan, hacerme cargo de los ataques de Valbuena. En primer lugar, porque no tengo hecho ningún voto de silencio; y si por costumbre y por sistema callo, por extraordinario bien puede antojármese hablar. En segundo, porque siendo este número el último del *TEATRO CRÍTICO*, al menos durante algún tiempo y hasta que la salud y el humor me permitan buscar nuevas aventuras, no podrá decirse que pongo malas costumbres. En tercero, porque sintiéndome más indiferente que nunca á las cuestiones personales de las letras, no me cuesta trabajo ni dolor el tratarlas como trataría de algo que sucediese en otro planeta, á otro ser y en otra vida diferente de la que vivo. ¡Ah, católico Valbuena! Los corazones sólo los escruta y sondea Dios; pero si efectivamente pudiese V. creer de verdad que estas minucias literarias no son más que vanidad de vanidades y aficción de espíritu; que lo único importante es el negocio del alma; que la *gloria* y la *fama* son un puñadillo de en-

venenada ceniza, y que nuestros ergotismos no valen la tinta que en imprimirlos gastamos, estaríamos tan conformes... que pasaría nuestra conformidad á los siglos venideros. Apostaré algo bueno, sin embargo, á que no sólo anda V. á mil leguas del desasimiento, sino que después de leer lo que acabo de escribir, es V. capaz de ponerse á idear los *Ripios bélicos*, los *Ripios monásticos*, los *Ripios dramáticos*, los *Ripios integristas* y señaladamente los *Ripios femeniles*. Un ruego para terminar: no se huelgue V. tanto de que se vendan en la calle á quince céntimos y á pregón los libros de D. Juan Valera. Diga lo que diga el termómetro, D. Juan Valera es un gran escritor, un clásico vivo; á fuerza de palos logra V. convencer á los españoles de que aquí no hay sino autores necios y chirles, al paso que van nuestras pobres letras, sus libros de V., los del otro y los de todo el mundo se venderán en el Rastro, á real docena, cuando más.

* * *

Abri con gran ilusión el libro titulado *Los espíritus*, del Sr. M. Otero Acevedo, y lo que me robó el sentido fué convencerme, por unos renglones de la cubierta, de que existe en Madrid una revista psicológica titulada *La Irradiación*. Declaro que no hubiese creído, á no verlo, que estuviesen tan adelantadas entre nosotros la ciencia del alma en particular y la filosofía en general. Aquí que cuesta Dios y ayuda sostener revistas enciclopédicas, de interés para todos; aquí que sucumben una tras otra por falta de subscriptores, ¿quién pensara que había de pelear Revista como esa, que tratará siempre de puntos muy sutiles y elevados, al alcance tan sólo de inteligencias cultísimas?

La advertencia que figura al frente del tomo acrecentó mi interés. El autor nos dice en ella que es un escéptico convertido; que si un tiempo negó la realidad de ciertos hechos, como la suspensión de un velador en el aire sin punto alguno de apoyo, la experiencia le ha demostrado que no hay cosa más positiva que la tal cuelga de veladores. Sorprendido el Sr. Otero, y en ese estado de in-

certidumbre penosa que reclama con energía la evidencia, resolvióse á apurar la verdad del caso, y tomó una determinación que demuestra la sinceridad y seriedad de sus propósitos: y fué que, habiéndose negado el profesor Lombroso á aceptar el reto del señor Chiaia, de Nápoles, que invitaba al célebre antropólogo á estudiar experimentalmente los fenómenos espiritistas, el Sr. Otero escribió al Sr. Chiaia proponiéndose para asistir á las experiencias en cuestión, siempre que la *medium* se sujetase á condiciones de vigilancia rigurosa. Ante la respuesta afirmativa del Sr. Chiaia, diez días después estaba el Sr. Otero en Nápoles.

Supongan Vds. si el prefacio es aperitivo. Ya me tienen esperando con vivísimo afán la completa y franca revelación de los milagros que precedieron á la conversión de este Saulo que encontró en Nápoles su camino de Damasco. Por desgracia, en el primer tomo, el Sr. Otero nos deja á media miel, ó, mejor dicho, sin catarla, aunque oliéndola. En vez de impresiones personales, el tomo encierra una compilación de las viejas

creencias espiritistas en todos los países del globo, basándose, según declara el Sr. Otero, en el libro del Dr. Gibier, *Le Spiritisme*. Hemos de esperar al segundo ó al tercer tomo para averiguar qué pasó allá en Nápoles, rico vergel, con el Sr. Chiaia. Por más que sean desagradables las bromas con gente del otro mundo, espero que los espíritus evocados por el Sr. Chiaia no nos darán ninguna desazón que sumar á las muchas de este año funesto.

* * *

Hay fenómenos que se repiten periódicamente, v. gr., la primavera, la salida del sol... y las tentativas de reforma ortográfica. Verdad que los reformadores sufren un calvario cruel; lo declara el Sr. D. Onofre A. de Naberán, autor de *El fonetismo y la pedagogía*, con noble sinceridad y una ortografía peculiar, que da mucho realce á la queja. "De azerbas zensuras, krítikas apasionadas i asta de burlas sangrientas y epitetos denigrantes, emos sido objeto los par-